

Video Alzheimer¹

Gonzalo Lizardo

Ya olvidé la razón o sinrazón que me indujo a curiosear en aquel establecimiento. Quizás me gustó su nombre, o de repente quise no ir al cine como había planeado, o no tenía más remedio. De cierto, desdeñé el estante con los estrenos en DVD -en otras circunstancias, me hubieran interesado *Memento* o *Abre los ojos*- y me dirigí al fondo del primer salón, donde encontré, con maravilla y nostalgia, películas que suponía fuera ya de catálogo y que constituían la especialidad de la casa -como *El ansia* de Tony Scott o *Los bandidos del tiempo* de Terry Gilliam. Entonces se gestó mi angustia: como me disgusta rentar más películas de las que puedo mirar, elegir suele ser asfixiante.

—Anímese, joven, si me paga sesenta pesos, la película es suya—me informó la empleada, una jovencita más preocupada por arreglarse las uñas que por vigilar a sus clientes—: mi jefe está liquidando el changarro; no es negocio competir contra ese Blockbuster que acaban de abrir a dos cuadras.

Aquellas palabras inflamaron mi desasosiego: sólo traía doscientos pesos en la cartera, y aquí había más de cuatro películas que hubiera querido comprar. Peor aún: tras una pirámide de cintas en VHS, una puerta me condujo a otra habitación, con los muros cubiertos por casetes Beta importados. Aunque me resistí a buscar con detalle, de reojo entreví algunas tentaciones, como *El testamento de Orfeo* de Jean Cocteau o *Concierto barroco* de Paul Leduc. Pero más me intrigó al encontrar, entre los estuches de videos infantiles, una caja roja con *Los cuentos de Michael Ende* en cuatro tomos. Duró poco mi extrañeza: la heteróclita presencia de esos libros me pareció de repente una estrategia cultural y comercial bastante simpática, pues los papás podrían llevar los esos libros a sus hijos para entretenerlos, mientras ellos miraban caricaturas para adultos.

¹ Este texto se reproduce con la autorización de su autor.

La transcripción estuvo a cargo de Esteban Castorena Domínguez para "Es lo cotidiano" y se hizo a partir del texto publicado en: [Inmaculada tentación](#), Ediciones Era (2015).

Corroborando mi conjetura, descubrí entonces un estante de historietas, donde cohabitaban en ordenada anarquía superhéroes de la *Marvel* con mangas japonesas, obras sueltas de Guido Crepax, *Mafalda* y algunos ejemplares muy deteriorados de *Los supersabios*. Pero, entre todos, sobresalía un libro cuya existencia ignoraba: *La cruz, la luna y la estrella*, escrita y dibujada por Hergé, quien hacía a un lado el estilo adolescente de *Las aventuras de Tintín* para contarnos las guerras medievales entre los reyes húngaros y el imperio otomano. Una página me pasmó: aquélla donde un arquero turco irrumpía entre regimientos magiares, sin fallar una saeta ni recibir herida, hasta consumir una masacre casi mágica, casi púrpura, casi onírica. La seducción fue definitiva. Aunque costara ciento veinte pesos, y por encima de cualquier película, yo debía poseer ese libro.

—Disculpe, señor, la molestia, pero le sugiero que se apure—me distrajo otra vez la dependienta—. Don Felipe, quiero decir, mi jefe, insiste en que vamos a cerrar a las nueve, y ya no abriremos ni mañana ni nunca.

Quise replicarle a ella y a su jefe que aún faltaban muchas horas para entonces, pero debí callar cuando me abrió una mampara, semioculta tras el estante de los cómics. Allí no se hallaban más películas ni historietas: sólo libros. Volúmenes viejísimos y rarísimos, que su jefe había coleccionado durante años, pero que ahora debía vender, para sobrevivir sus enfermedades. Entusiasmado, estuve a punto de bendecir a la compañía trasnacional que obligó a ese anciano a subastar semejante tesoro, pero me contuve al comprender cuán lejos estaba de mi alcance. Aunque cada libro valiera un peso, jamás tendría el dinero suficiente para comprarlo o almacenarlo. Me sentí como aquel minero legendario, que debía en una sola noche transportar consigo todo el oro de una veta, o abandonarla sin tocar un gramo.

Para mi fortuna, yo tendría la opción de elegir aunque, para mi desconcierto, la mayoría de aquellos autores y títulos me resultaban desconocidos. ¿Quién era, por ejemplo, Jean Ivanovich, autor de ese *Espejo del caballero cristiano*? ¿O de qué me serviría esa anónima *Relación de enfermedades no infecciosas*

inventariadas en las costas caribes durante su evangelización por la Compañía Bananera de Jesús?

Bajo la luz que goteaba un quinqué cagado por las moscas, pronto entablaron batalla mi bibliofilia y mi claustrofobia. El techo era tan bajo que podía tocarlo con la palma entera, la humedad derretía los enjarres y un polvillo malsano aleteaba sobre los estantes, incubado por tres filas de manuales, compendios, diccionarios, tratados, antologías o poemarios. Supe que sería la fortuna y no la paciencia quien conduciría mi búsqueda. Alargué en consecuencia mi brazo, y asieron mis yemas un blando folleto, encuadernado en octavo, con el lomo mal cosido y las esquinas apolilladas. Casi grito de encanto cuando me miré en los ojos de una xilografía: un rostro perturbador que me devolvió la mirada desde las pastas de cartulina gris, flanqueado por un título en letra gótica: *El proceso contra El Proceso*.

Según la breve reseña de la solapa, ahí se recopilaban los documentos, escritos por diversas autoridades religiosas, que defendían o reprobaban la edición de la novela de Franz Kafka. En la nota introductoria, el mismo Max Brod volvía a contar cómo el autor checo obligó, en su testamento literario, a incinerar toda su obra. Sólo agregaba que, antes de consumir o desoír su orden, prefirió aconsejarse con algunos amigos. Nunca previno que el Vaticano, ante la denuncia de algún delator, solicitaría el manuscrito para someterlo a escrutinio: se temía, no sin motivo, que El Proceso parodiara a la Inquisición, y sugiriese que el orden moral de Occidente se cimentaba, no en la autoridad divina, sino en el engranaje vacío del mecanismo eclesiástico. Es decir, que no existía el Bien, ni la Verdad, ni el Pecado: sólo la Iglesia y su Ley, arbitraria, omnipotente...atea.

Aunque la edición carecía de algunas hojas, y otras resultaban ilegibles a causa de los hongos —por ejemplo, el índice o el frontispicio con su pie de imprenta—, algo me indicaba que ese libro no podía ni debía ser verdadero: me hallaba sin duda ante una travesura apócrifa realizada con minucia y maldad. Todavía así, su mera existencia como mentira me pareció invaluable y, aunque costara quinientos pesos, empecé a urdir mis argumentos para regatear el precio. Incluso

ya imaginaba cómo iniciaría la reseña de mi hallazgo: "Ya olvidé la razón o sinrazón que me indujo a curiosear en aquel establecimiento..." Sí. Sólo tenía que salir de ahí para fotografiar el libro página a página, llevarlo con algún restaurador, consultar a un erudito bibliográfico, pero debía hacerlo cuanto antes, en este momento, ¡ya!

—Con permiso, con su permiso—me distrajo la voz de un joven que dirigía a una cuadrilla de trabajadores, equipa dos con diablitos de metal—el señor Alzheimer nos ordenó que cargáramos con todo. Lo va a vender como papel viejo, creo. Pero usted no se apure, siga buscando, no queremos interrumpirlo.

Con una rapidez que contradecía toda ley natural, los cargadores evacuaron los anaqueles y abatieron sus maderas. En el centro del muro que desnudaron se entreabría una puerta, otra más. La atravesé: lunarmente iluminada por el tragaluz circular que coronaba la cúpula, la habitación que me recibió era titánica, al igual que ese libro con el cual tropecé al entrar: un tomo tan alto como yo y tan ancho como mis brazos extendidos. Oprimiendo en mi pecho los dos ejemplares que hasta el momento había elegido, me senté sobre aquellos folios de pergamino, dibujados con policromos latinajos, aguardando a que mi vista armonizara con la penumbra y pudiera percibir aquellas paredes, entre cruzadas por repisas o andenes o escaleras, que sostenían sin columnas ni contrafuertes una alejandrina multitud de volúmenes, códex, rollos de papiro y tablillas de barro.

Alucinado por la sola cifra de páginas y frases y palabras ociosas que aquella biblioteca aprisionaba, no entendí cómo ni cuándo mi cuerpo se encaminó hacia una pila de menhires poblados de runas. Ahí, traduciendo a la luz de un candelabro las milenarias inscripciones que alguien esculpió en espiral sobre un disco de basalto, encontré a un anciano: don Felipe Alzheimer-supuse-, el dueño de este negocio al borde de la quiebra, cuyas ofertas me atrajeron a este limbo paleográfico. Y conjeturé, asimismo, que a ese bibliotecario el abismo financiero le importaba tan poco como mi presencia o las elecciones federales. Lo verdaderamente decisivo y trascendente manaba de ahí, de esa piedra con sus garabatos casi fenicios, casi cuneiformes, casi fisura.

—Si le interesa saberlo — la voz del viejo me sobresaltó como si proviniera de una esfinge—, esta piedra cuenta una historia ocurrida antes de que el bronce fuera domesticado. Trata de unos reyes que concedieron asilo a un príncipe extranjero. Cuando éste sedujo a su anfitriona y la llevó a su patria, el rey se enfureció, y al frente de su horda puso en sitio la ciudad del príncipe.

—Qué curioso: tiene la misma trama que *La Ilíada*... —Por tanto, este disco es la fuente de toda epopeya, la semilla de toda novela, la madre de toda fábula: el mentiroso relato que generó los cánones que han modelado textualmente nuestras tradiciones. Por ello su escritura, partiendo de un centro intangible, se expande en espiral hasta envolver en su vértigo nuestra memoria, nuestro presente, nuestro diálogo incluso.

Un soplo de aire apagó los cirios, cuya luz resultaba ya superflua: iluminados por el ojo lunar que coronaba la cúpula celeste, ningún muro ni puerta nos aisló más de la intemperie: un bosque de cedros, un río cubierto por neblina, el aullido de un lobo. Con espanto y luego indiferencia, corroboré que se habían esfumado mis ropas, así como los libros que quise adquirir. Quizás la idea misma de compra o posesión pronto me pareciera ajena. Cobijados tan sólo por la amnesia-ese olvido tan sutil que nos arropa cuando soñamos, cuando leemos un libro o nos atrapa una buena película-, el anciano y yo transportamos el disco de roca sobre la hierba y el rocío que recubrían la colina.

Junto al crepitar de la hoguera, la síncopa del tambor y las olas del vino, allá abajo nos aguardaban los guerreros, para celebrar la victoria como sólo saben celebrarla las palabras y sus mitos.